

III
ARREBATOS
CARNALES



FRANCISCO
MARTÍN
MORENO

La última entrega de los Arrebatos carnales cierra magistralmente lo que Francisco Martín Moreno ha sabido llamar a bien: la Trilogía Erótica de México. Un libro provocador que revela la condición humana y su inevitable rendición ante la pasión amorosa. Una obra que, como el ojo de una cerradura, abrirá al lector los secretos de alcoba mejor guardados de los hombres y mujeres que forjaron este país. Acompañe al autor en este viaje tan histórico como erótico, y descubra cómo sucumbieron ante la pasión y el deseo el filósofo de la Reforma, el constitucionalista, el socialista del Mayab, el presidente del 68 y un perverso inquisidor.

Los brevísimos e indispensables agradecimientos

A Leonardo Tenorio; como siempre, tiene que aparecer en primer lugar por su contagioso coraje para dar con la verdad histórica, objetivo al que se acercará, pero que nunca alcanzará, porque el dinamismo de la Historia arroja cotidianamente nuevas pruebas y evidencias, elementos que enriquecen el acervo del investigador. Si tuviéramos en nuestro país mil Leos México tendría otro rostro y nuestros paisanos no padecerían tantas confusiones desde que no entienden el pasado y, por lo tanto, tampoco el presente.

No puedo ni debo ocultar la enorme alegría y satisfacción por haber trabajado al lado de María de los Ángeles Magdaleno, mi maestra, nuestra maestra, una talentosa y poderosa historiadora que arrojó voluminosas cubetadas de luz sobre estas páginas, en particular sobre el movimiento estudiantil de 1968, respecto al cual posee una información enciclopédica y objetiva indispensable para la construcción metódica y vertebrada de las páginas referidas al gobierno de Díaz Ordaz. Juan Velázquez, mi querido amigo, abogado imaginativo, contribuyó con gran espíritu de justicia a deslindar responsabilidades acerca del mismo 1968, de la misma manera en que Carlos Mendoza con su *Conexión Americana* arrojó muchas pistas para entender la participación de la CIA en dicho conflicto «estudiantil».

Incluyo también a Eduardo Dozal, joven ávido de conocimientos y sensible investigador, combativo y convin-

cente. También a los responsables del archivo general del estado de Yucatán, que en todo momento hicieron su mejor esfuerzo por enriquecer esta investigación.

Gracias a Carmen Izaguirre por su infinita paciencia en los trabajos mecanográficos tan arduos y a veces tan desesperantes porque los novelistas nunca terminamos de escribir.

Imposible, verdaderamente imposible me resulta no incluir en este feliz recuento la presencia orientadora de mi hija Claudia, Co, la psicóloga, la doctorcita, quien me explicó la Teoría del Primer Objeto o la simbiosis entre madre e hijo y me acercó a las tesis modernas relativas a la secreción de la oxitocina que habla del apego entre madre e hijo y después entre hombre y mujer, el único camino que me permitió entender las relaciones amorosas entre Melchor Ocampo y su mujer.

¡Ah!, y claro, ¿cómo no darle las gracias a Beatriz?, siempre a Beatriz, quien careció de la más elemental piedad a la hora de opinar sobre este volumen de *Arrebatos*, en el que empeñó buena parte de su talento y de su tiempo para lograr el mejor resultado en esta narración.

Un introito íntimo, audaz y genuino

¿Cómo comenzar un buen prólogo, cuyo contenido me salga del alma? La mejor fórmula, sin duda alguna, consiste en dejar fluir la pluma y expresarme con la obligada autenticidad que merece el lector. En concreto: ¡Pobre de aquella persona que en su vida jamás tuvo ni ha tenido un auténtico arrebatado carnal, así, un arrebatado como su nombre lo implica, ardiente, apasionado, vehemente, irracional, irresponsable e impetuoso que alcance niveles de éxtasis jamás imaginados y que perduren en nuestra memoria, traducidos en sonrisas traviesas, hasta el momento preciso en que la Pálida Blanca, sorda e implacable, venga por nosotros blandiendo su guadaña para segar nuestra existencia! ¿Cuántos pueden decir, parafraseando al poeta: *vida, nada te debo, nada me debes, estamos en paz...?* Y nada mejor para conquistar la paz de los sepulcros que el recuerdo vívido de un explosivo arrebatado carnal...

Con la entrega de los *Arrebatos carnales III*, el de las sábanas verdes, doy por concluida la Trilogía Erótica de México que me permitió ver a algunos de mis semejantes a contraluz. Unos me llamaron hereje, blasfemo, descarado, deslenguado, desvergonzado y atrevido entre otros calificativos no menos severos, en tanto que otros lectores, sobre todo lectoras, me pidieron no arredrarme y seguir adelante contando mucho más de las pasiones que consumieron a los protagonistas de la historia de México. En mi experiencia fueron más las personas que me felicitaron por haber convertido en mujeres u hombres de carne y

hueso a las figuras de bronce o mármol hasta ahora sacralizadas y santificadas, ídolos intocables carentes de pasiones y emociones, seres perfectos e inaccesibles, según nos cuenta la Historia oficial, cuyos narradores los subieron a enormes columnas o los encerraron en altares o en vitrinas inalcanzables para hacer de nuestro pasado un conjunto de relatos destinados a los especialistas, o bien, una suma de textos aburridos y mendaces que encierran verdades ocultas ciertamente relevantes para conocer y entender el México de nuestros días.

Hasta la fecha sigo sin entender por qué razón muchos lectores nunca me creyeron cuando describí lo acontecido en la habitación nupcial la noche de la boda de Porfirio Díaz y Carmelita Romero Rubio, en 1881. ¿Por qué no me dieron crédito cuando describí, encerrado en un armario, a principios de 1680, a Sor Juana Inés de la Cruz, la mejor escritora mexicana de todos los tiempos, extraviada en un formidable arrebató con la esposa del virrey de la Nueva España? ¿Y los que tuvo Tecuichpo, la hija del tlahtoani Moctezuma Xocoyotzin, Flor de Algodón, con Cuauhtémoc en un temazcalli para festejar su enlace real, para ya ni hablar, entre otros, de los episodios amorosos vividos en secreto por Lázaro Cárdenas, Morelos, Pancho Villa, Iturbide y Diego Rivera? ¿Por qué no me creyeron si el novelista puede cruzar paredes como un fantasma, volar en el tiempo, vivir más de 150 vidas... la literatura me ha permitido disfrutar, adquirir la personalidad de Napoleón I, *l'Empereur*, la de un pontífice máximo, la de un petrolero, un campesino o la de una simple piruja de Coatzacoalcos? Al novelista se le debe creer todo porque para ello ejerce, como nadie, el gran poder de la ficción...

Como todavía me encontraba con mucha tinta en el tintero, misma que no me acabé, aquí, en este último tomo, presento las vivencias íntimas de Díaz Ordaz y la Tigresa doña Irma Serrano a la luz de los acontecimientos de 1968, ahora sorprendentemente iluminados por la des-

clasificación de documentos muy comprometedores publicados por la CIA a más de cuarenta años de los hechos. La realidad en este sentido, fue muy distinta de la que nos presentaron. Retrato en este tomo, con lujo de detalle, los pasajes eróticos protagonizados por Melchor Ocampo y la mujer de su vida, con la que procreó cuatro hijas y cuya identidad se ha perdido en el anonimato, sin olvidar su gesta heroica durante los años de la Guerra de Reforma que lo encumbraron como uno de los Padres de la Patria. ¿Y Venustiano Carranza, un hombre poco atractivo para las damas, según pude comprobar a través de encuestas en el mágico universo femenino, quien engendró cuatro hijos fuera de matrimonio con Ernestina de la Garza Hernández y, en otro orden de ideas, se erigió como el verdadero promotor de la Constitución de 1917, cuando, en realidad, fue uno de sus más feroces enemigos?

¿Cómo evitar narrar uno de los episodios más oscuros de nuestra historia?, los arrebatos a cargo de uno de los más influyentes arzobispos de la colonia, un inquisidor feroz y sanguinario, además de depravado siervo de un supuesto Señor, en cuyo nombre cometió todo género de atropellos, canalladas y villanías, imposibles de ocultar al escrutinio público y por las que, según él, nunca sería castigado, en la inteligencia de que había recibido la indulgencia plenaria aquí en la tierra, misma que le sería válida en la eternidad... ¿Por qué los pastores la Iglesia católica no temen la ira de Dios y desprecian el veredicto del Juicio Final...?

Concluyo la presente narración con los arrebatos de Felipe Carrillo Puerto, uno de los más grandes mexicanos de todos los tiempos, virtuoso y malogrado político que dio su vida a cambio de acabar con la esclavitud que se daba en los campos henequeneros de Yucatán y que tuvo la inmensa fortuna de conocer a Alma Reed, el amor de sus últimos días que inspirara *Peregrina*, la famosa canción

yucateca que inmortalizara su envidiado romance, de esos por los que vale la pena vivir...

FMM

Valle de Bravo, septiembre de 2011

Gustavo Díaz Ordaz

EL TERRORISMO DE ESTADO

La menor distancia entre dos puntos es la línea dura.

Gustavo Díaz Ordaz

El PRI representa una monarquía sexenal, absoluta, institucional, perversa, corrupta, involutiva, reaccionaria y hereditaria. Todos los priístas son herederos de Díaz Ordaz.

Solo existe en la tierra algo peor que un gringo: dos gringos...

MARTINILLO

Los buenos políticos no son los que resuelven los problemas, sino los que saben crearlos...

ALFONSO MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, presidente del PRI en 1968

Para Alejandro Martí, mi querido amigo invencible

Me llamo Winston MacKinley Scott. Fui jefe en México de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, la CIA, durante trece años que corrieron vertiginosamente, y con probada eficacia, de 1956 a 1969. Mis instrucciones consistían en generar las condiciones para que el ejército asumiera el poder en México sin que se descubrieran manos extrañas en la conjura. Mi gestión, por la cual fui condecorado por la Casa Blanca, abarcó parte del gobierno de Ruiz Cortines, la administración de López Mateos y casi la totalidad de la de Díaz Ordaz, mi gran amigo y confidente. Durante mi larga gestión en México diseñé el programa LITEMPO, tan exitoso que la CIA lo utilizó como modelo en otras de nuestras estaciones repartidas a lo largo del mundo. «LI» representaba el código de la agencia para operaciones en México, en tanto «TEMPO» significaba el proyecto en sí mismo, entre los jerarcas mexicanos y nuestra agencia. Sí, sí, Díaz Ordaz, el jefe de Estado, fue etiquetado con la clave LITEMPO-2; Luis Echeverría, LITEMPO-8; el capitán Fernando Gutiérrez Barrios, mi adorado Pollo, LITEMPO-4; Emilio Bolaños, sobrino de Díaz Ordaz, LITEMPO-1, mi contacto para relacionarme con el que fuera también secretario de Gobernación, además de Joaquín Cisneros, secretario particular del presidente de la República. Imposible olvidar al general Alfonso Corona del Rosal, jefe del Departamento del Distrito Federal, mi querido Poncho, *Ponchitou*, ni ignorar, por supuesto, al general Luis Gutiérrez Oropeza, jefe del Estado Mayor Presidencial, ni al co-

mandante Miguel Nazar Haro, adscrito también a la Dirección Federal de Seguridad, ni al canciller Tony Carrillo, siempre tan dispuesto a servir a Washington, hasta llegar a doce mágicos LITEMPO. Lo anterior no es de sorprender porque me referiré a muchos otros políticos mexicanos, agentes de mi central, mis informantes secretos, todos ellos con el rostro de santitos inmaculados, perfectamente rasurados, invariablemente sonrientes, peinados y trajeados por sastres ingleses, dueños de carísimas propiedades en cualquier parte del mundo, titulares de cuentas de cheques secretas de ocho o más dígitos, registradas en instituciones de crédito europeas o en paraísos fiscales, en todo caso patrimonio mal habido, producto del peculado, que disfrutaban impunemente, sin remordimiento alguno, en tanto dicen defender las causas populares en un país en el que todo se vale y todos niegan que, por supuesto, todo se vale...

Antes que nada es muy importante aprender a vivir en México y jamás olvidar las reglas vitales de supervivencia de las que me ocuparé en las siguientes cuartillas. Usted, lector que me obsequia leyendo estas breves líneas, ¿conoce a un solo priista pobre? ¿Usted había oído algo del programa LITEMPO? Prepárese entonces: le contaré todo aquello que pocos, muy pocos mexicanos, ya sean exfuncionarios, periodistas o historiadores mercenarios, se atreven a revelar, tal vez por vergüenza, miedo o corrupción. ¡Qué poco se ha hablado de la injerencia de Estados Unidos en el conflicto estudiantil de 1968, en ese trágico crimen del que fuimos coautores! Digamos, la verdad, ¿no...? ¡Contémosla! Acabemos con las imágenes de orpel, bola de cabrones, comenzando, eso sí, por mí mismo. Sí, encuerémonos todos, yo el primero. ¡Aquí voy!

Previo a revelar mi desempeño como jefe de la *Mexican Station*, la más grande del mundo, y de explicar la intromisión de la Casa Blanca en los asuntos internos del país para hacer creer que allí se gestaba una auténtica re-

volución comunista, entre otros objetivos, debo aclarar que gracias a mi español, aprendido a marchas forzadas en la CIA, entre otros conocimientos también de gran peso, mis pintorescos vecinos al sur de la frontera me abrieron de par en par las puertas de sus residencias y del gobierno, a pesar de haber nacido gringo. Soy gringo y moriré gringo y con tan solo abrir el hociquito todos *saber* que soy yanqui. No pude con los mixiotes ni con las criadillas que nunca comí por respeto a mis congéneres, como tampoco me atreví siquiera a ver, ya ni se diga oler, la asquerosa pancita de quién sabe qué bicho ni la moronga vomitiva: sangre, sí, sangre caliente de los animales; no probé los tacos de chapulines servidos con guacamole o los de buche, nenepil o de nana, imagínese usted, vísceras de cerdo sancochadas, *whatever that means*, en grasa con cáscaras de naranja y «tequesquite», un polvo mineral similar al bicarbonato, una bomba molotov para el estómago... Imposible digerir la famosa barbacoa que sabe a perro atropellado de los tantos que murieron cuando se inauguró el famoso Periférico, para ya ni hablar de los gusanos de maguey y otras cochinas que comen, ¿comen?, tragan los tenochquitas de nuestros días. ¿Cómo deben ser unas personas que se deleitan devorando los testículos de los toros, envueltos en tortillas y sazonados con chile de árbol, y se los pasan con tragos de tequila, sangrita y cerveza sin expulsar fuego por la boca? ¡Carajo! *What about a good old hamburger and a Coke, with no jalapeño? Jesus Christ...!*

Sí, nunca superé la comida mexicana ni logré expresarme correctamente, menos, mucho menos logré entender a las pinches mexicanas y sus complejos saturados de un puritanismo pendejo. Tú, por ejemplo, te coges a una gringa y luego, cuando ya llevas un par de cigarros fumados encuerado en la cama, de pronto se te ocurre preguntar cómo se llama la interfecta pero solo por cortesía; a las aztequitas hay que invertirles mucho más tiempo que a las

gabachas, contarles cuentos a sabiendas de que las engañan, bajarles el sol, la luna y las estrellas, prometerles, darles más garantías de seguridad futura que a una institución hipotecaria, hacer de sacerdote a la hora de las confesiones y juramentos por la Virgen de Guadalupe con tal de convencerte de que era la primera vez que cogían, no fueras a pensar mal de ellas. ¡Cuántos esfuerzos se requieren para llevarlas a la cama y cuánta paciencia se necesita para soportar sus culpas cuando ya te estás vistiendo y quieres largarte a tu casa...! Con las viejas de este gigantesco rancho empecé a darme cuenta de que a los mexicanos les gusta que les mientas, así escapan de toda responsabilidad. *Me mintieron, ¿ves? Soy víctima, pobre de mí...*

Aun cuando posteriormente abordaré el tema a fondo, no puedo dejar de incluir anticipadamente la letra de una canción que me enseñó Irma Serrano, mi querida Tigresa, quien la interpretaba como nadie en la guitarra.

—Si quieres entender a mi gente, a mi país, apréndete, pinche güerito, esta canción conocida como *Miénteme más*:

*Voy viviendo ya de tus mentiras,
sé que tu cariño no es sincero...
Sé que mientes al besar
y mientes al decir te quiero...
Me conformo porque sé
que pago mi maldad de ayer...
Siempre fui llevado por la mala,
es por eso que te quiero tanto,
mas si das a mi vivir
la dicha con tu amor fingido,
miénteme una eternidad,
que me hace tu maldad feliz...
Y qué más da... la vida es una mentira,*

miénteme más, que me hace tu maldad feliz...

«Miéenteme más, que me hace tu maldad feliz...» ¡*Cara-jitous*, qué país...!

Pero bueno, no vengo a hablar de mi incapacidad para hablar un idioma inventado por el diablo ni a criticar lo que tragan en México ni mucho menos a agredir a las chamacas mexicanas, que cuando se entregan finalmente te enseñan un mundo de dulzura y sometimiento que resulta inimaginable entre las de mi tierra, que cada vez imponen más obligaciones al hombre, son más rebeldes, más exigentes, más difíciles de convencer y se niegan a aceptar cualquier concepto de docilidad. Las gringas son intolerantes hasta el delirio, fijan reglas y condiciones, en tanto las mexicanas son sumisas, mansas y maleables. ¡Una maravilla!

Dos hechos cambiaron la manera de ser de mis paisanas: una, la explosión de la bomba atómica en Japón para concluir con la Segunda Guerra Mundial, y dos, el descubrimiento de la pastilla anticonceptiva. ¿Por qué? Pues porque, por un lado, todos conocimos la existencia de un arma mortal que podía borrar al ser humano de la Tierra con tan solo tronar los dedos, lo cual nos convenció de la importancia de dormir poquito y rapidito, y, por el otro, la pildorita subió de repente a las mujeres al mismo plano de igualdad sexual que los hombres. En nuestros días, una vez desaparecidos los peligros del embarazo, es permitido el todos contra todos. Somos iguales, ya nadie está en desventaja. Total, que entre la bombita y la pildorita se acabó con los privilegios de los machos, enfrentamos una revolución moral que ha cambiado todos los papeles y comportamientos. ¡Viva la vida y viva el desmadre! Ahora, después de un martini, la doncella se tiene que dar por seducida por aquello de que te pueda tronar un artefacto de esos en las purititas nalgas... Hay que vivir, ¿no...?, y